

Confederación Sindical Internacional (CSI)
Foro Social Mundial
Belém do Para, Brasil, 27 de enero - 1 de febrero de
2009

¡No a la economía casino!

La creciente precarización en las condiciones de vida y de trabajo de millones de trabajadores y trabajadoras en todo el mundo constituye una de las principales causas de la crisis a la que nos enfrentamos actualmente. La crisis que vivimos es ante todo una crisis de la justicia redistributiva, que ha desfigurado la economía mundial. La crisis financiera, escalafón de un largo proceso de financiarización de la economía, ha venido a insertarse en una coyuntura ya de por sí difícil, tanto en el norte como en el sur.

Los países en desarrollo registran un enorme déficit de trabajo decente, que sus economías en crecimiento no consiguen cubrir. A esta crisis de empleo decente se viene a sumar la carestía de la vida y los efectos de la crisis alimentaria mundial, dando como resultado situaciones de pobreza endémica. Los países industrializados tampoco se quedan a la zaga. Así pues, el número de trabajadores pobres se ha multiplicado en Estados Unidos en el transcurso de los ocho años de la Administración Bush. En Europa la moderación salarial, pese a un aumento de la inflación y de la productividad, ha hecho que disminuya el poder adquisitivo de la población.

Prácticamente todos los países experimentan una precarización de las condiciones de empleo, la informalización de la relación de trabajo y una desregulación del mercado laboral. La crisis que vivimos concierne sin lugar a dudas la pobreza, pero también y ante todo es una crisis de desigualdades que se han vuelto insostenibles, no sólo desde el punto de vista social, sino también desde el punto de vista económico. Las políticas neoliberales de estos últimos veinte años han llegado al límite: por los canales de transmisión aquí descritos, los trabajadores/as empobrecidos no consumen lo suficiente como para mantener la economía.

Los Estados Unidos son el primer consumidor mundial y la reducción del poder adquisitivo real de su clase media tiene repercusiones más allá de las fronteras. El nivel de consumo elevado en Estados Unidos consiguió mantenerse no tanto gracias a los salarios sino mediante el endeudamiento de los hogares, y los trabajadores estadounidenses se endeudaron más de lo que sus ingresos les permitían. La facilidad para la obtención de créditos hipotecarios, particularmente para las familias más pobres, a través de los denominados *subprimes* reposaba en unos precios de la vivienda artificialmente inflados por una burbuja especulativa. Se

crearon productos financieros altamente complejos para librarse de manera solapada de estos créditos dudosos en los mercados financieros.

La búsqueda desenfrenada de beneficios a corto plazo en un contexto de liberalización económica y financiera, sin ley ni orden, caracteriza los mercados financieros de hoy en día. El capitalismo de casino explica en gran parte que la crisis se haya extendido a nivel mundial. Los mercados financieros se convirtieron en un lugar donde hacer dinero fácil, dejando de lado su misión primordial, es decir la financiación de la economía real. En el transcurso de las últimas décadas, especular en los mercados financieros ofrecía muchas más oportunidades de obtener beneficios a corto plazo que aportar liquidez a las empresas que quisiesen innovar, conquistar nuevos mercados o crear empleos decentes. El futuro de los trabajadores quedaría de este modo sacrificado en aras de las cuentas bancarias “off shore” de algunos financieros sin escrúpulos. Los gobiernos y las instituciones internacionales cerraron los ojos, adoptando literalmente el principio de “laissez faire” lo que los convierte en cómplices.

Otro aspecto esencial de esta crisis guarda relación con los desequilibrios engendrados por la apertura a ultranza de los mercados, y la no intervención del Estado. Es así como China ha acumulado reservas gigantescas que le permitirían financiar el endeudamiento americano. Los trabajadores chinos, que no tienen derecho a constituir libremente sindicatos para defender de manera colectiva sus derechos, vieron aumentar su productividad de forma vertiginosa durante los últimos 20 años. ¡Trabajan con máquinas del Siglo XXI pero con salarios del XIX! Esta mundialización ha hecho que los trabajadores del norte y del sur compitan entre sí, lo que redundará en interés de las multinacionales y los fondos de inversiones privados, cuyos beneficios no cesan de aumentar.

Han surgido además desequilibrios gigantescos entre las finanzas y la economía real, entre países ricos y pobres, entre los directores con salarios colosales y los trabajadores mal pagados. Las desigualdades entre hombres y mujeres siguen siendo considerables. Y por último, las políticas de represión y de discriminación contra los sindicalistas, que contribuyeron a la concentración de la riqueza, han influido directamente en un desequilibrio del poder negociador entre los asalariados y sus empleadores, en beneficio de estos últimos.

Pero aunque la crisis actual es a la vez financiera, económica y social, también tiene una dimensión medioambiental. En efecto, resulta ya evidente que los recursos naturales de nuestro planeta no permiten extender el modo de consumo de los países industrializados a los 6.000 millones de individuos que pueblan nuestro planeta. A ello se suman los efectos del cambio climático, que nos obligan a tomar medidas colectivas para reducir la emisión de gases de efecto invernadero. A este respecto las desigualdades son también patentes, puesto que los pobres sufren mucho más de los efectos negativos del cambio climático. Es necesario por tanto tomar medidas que sean no sólo ecológicamente eficaces, sino además socialmente justas.

¿Qué modelo conviene para salir de esta crisis multidimensional?

Esta crisis es la prueba del carácter insostenible de las políticas neoliberales emprendidas en el transcurso de las últimas décadas y que han promovido la desregulación y la liberación de los mercados, así como la privatización de los servicios públicos. Ese fundamentalismo de mercado ha concentrado las riquezas ignorando los bienes públicos mundiales como el medio ambiente, la salud, la protección social, la seguridad alimentaria o incluso la estabilidad financiera mundial.

Los planes de relanzamiento actual son sin duda necesarios, pero resultan insuficientes. No basta con inyectar liquidez en la economía, es necesario además cambiar los principios básicos, para que la economía mundial aporte justicia social, desarrollo para todos, equilibrio, estabilidad y prosperidad a largo plazo.

El mundo del mañana no es hegemónico sino multipolar, conforme continúan profundizándose los procesos de integración regional. En este mundo multipolar, el multilateralismo ha de ser defendido so pena de agudizar la pobreza y de crear aún mayores desigualdades entre los países. No obstante, ya va siendo hora de abrir este multilateralismo a ciertas cuestiones sociales. Los sindicatos y el conjunto de la sociedad civil deben exigir concretamente que las cuestiones vinculadas al empleo constituyan un elemento central del mandato del nuevo sistema de gobernanza económica mundial que deberá establecerse. Desde este punto de vista, el papel de la OIT resulta esencial.

En este mundo multipolar, el Estado debe recuperar su lugar y su papel a fin de asegurar el establecimiento de un nuevo sistema económico socialmente justo y ecológicamente responsable. Sólo la intervención pública puede garantizar la cohesión social. No obstante, la corrupción de algunos organismos públicos ha de ser sancionada y combatida por la población civil organizada, particularmente en sindicatos. Los bancos centrales deben rendir cuentas públicamente y dejar de conformarse a las exigencias del poderoso lobby financiero.

Reforzar y ampliar los sistemas públicos de protección social resulta urgente. Crear un fondo mundial para la protección social, destinado a ayudar a los países más pobres, resulta necesario. Aumentar la cantidad y la calidad de ayuda pública a los países en desarrollo resulta esencial. Establecer una transición socialmente justa hacia modos de producción ecológicamente sostenibles resulta indispensable. Establecer unas normas justas en materia de comercio internacional, para contribuir al desarrollo de los países y no a la profundización de las desigualdades, resulta crucial. Determinar salarios mínimos decentes y salarios reales acordes con los incrementos de productividad resulta prioritario. Y por último, respetar el derecho de los trabajadores y a trabajadoras a formar sindicatos libres y a negociar colectivamente una redistribución de los beneficios resulta fundamental.

Habría que restaurar las relaciones entre los países industrializados, emergentes y en desarrollo. El sistema económico y financiero mundial de

hoy en día no responde a los intereses de los trabajadores y trabajadoras en los países en desarrollo. El reembolso de la deuda exterior estrangula a los países más pobres. Las condiciones a las que contraen créditos de capital son injustas puesto que los hacen asumir todos los riesgos asociados a la fluctuación. El sistema actual permite a los países industrializados aplicar políticas monetarias y fiscales contra-cíclicas gracias a la imposición de políticas pro-cíclicas sobre los países en desarrollo. Esto hace que las instituciones financieras internacionales (IFI) sean en parte responsables, no sólo de las consecuencias sociales desastrosas en esos países, sino además de la inestabilidad financiera mundial. Debe ponerse fin a las condicionalidades económicas y financieras impuestas por las IFI, cuya gobernanza ha de ser justa y equitativa. Ha llegado la hora de pasar a construir una nueva arquitectura financiera y económica mundial. Pero ninguna de las instituciones existentes tiene ni la envergadura ni la credibilidad para sacar adelante esta tarea.

La regulación de los mercados financieros es una necesidad urgente. Implica limitar la especulación y concentrar el papel de los mercados en la financiación de las empresas. En particular, el comportamiento especulativo en los mercados de materias primas debería estar prohibido. Los mercados de productos derivados tendrían que estar sometidos al control de las autoridades públicas. Debe ponerse fin a los centros financieros "off-shore" y a otros paraísos fiscales. La fiscalización de las transacciones financieras puede aportar nuevos recursos para contribuir a la reducción de las desigualdades. Los salarios obscenos de los directivos, banqueros y otros intermediarios financieros deben estar reglamentados. En la reforma necesaria del sector financiero, ha de darse prioridad a la economía solidaria, fomentando las cooperativas, mutuas y agencias de micro-crédito, también en los países en desarrollo.

El nuevo sistema económico deberá generar un crecimiento verde. Además de la urgencia de actuar para la preservación de nuestro planeta, la protección del medio ambiente presenta enormes oportunidades en materia de creación de empleo. Las inversiones públicas en infraestructura, transporte colectivo y energía renovable son necesarias en todo el mundo. Conviene apoyar la recuperación económica mediante inversiones ecológicamente responsables.

En conclusión

Ha llegado el momento de construir un sistema económico ecológicamente sostenible, socialmente equitativo y geopolíticamente equilibrado. Dicho modelo deberá tener en cuenta las aspiraciones de la población y las propuestas del movimiento sindical, así como de otros actores de la sociedad civil. De ahora en adelante, el crecimiento económico deberá contribuir a la creación de empleos decentes, al tiempo que se protege el medio ambiente, y sus frutos deberán ser redistribuidos

a fin de reducir el nivel de desigualdades sin precedente que se registra actualmente.